

galante demostracion que así demuestra la cortesanía del buen prelado, como la corrupcion de aquella córte voluptuosa. Enrique, dotado de un temperamento ardiente y dado á los placeres sensuales, daba el ejempló con sus extravíos, y en prueba de ello refieren las historias que á pesar de hallarse recién casado con la hermosa doña Juana de Portugal, no puso coto á ellos, antes bien se dejó arrastrar de una vehemente pasion hácia una de las damas que acompañaban á la reina, llamada doña Guiomar de Castro, á quien suponen tambien muy bella; y queriéndola obsequiar cierto dia, dispuso una corrida de toros en la plaza delante del Alcázar de Madrid. Sabedora la reina del objeto de aquella fiesta, prohibió á todas sus damas asomarse á las ventanas del Alcázar; pero esta órden fué escandalosamente infringida por la orgullosa favorita, que la presenció desde una de ellas. Indignada la reina la esperó al pasar cierta escalera, y acometiéndola bruscamente, la azotó con un chapin. A los gritos de doña Guiomar acudió presuroso el rey, é interponiéndose entre ambas, lanzó violentamente á la reina y protegió á doña Guiomar, con quien luego continuó en criminales relaciones, colocándola en una magnífica quinta ó casa de campo que habia hecho construir cerca de Valdemorillo á corta distancia de Madrid, adonde iba á visitarla con frecuencia.

Ya por entonces andaba en auge la privanza con el rey del antiguo page de lanza, despues mayordomo mayor y duque de Alburquerque, *don Beltran de la Cueva*, y este profundo cortesano y favorito, interesado por mas de un motivo en embriagar á la córte y al monarca en el humo de los festines, preparaba y dirigia incomparables fiestas, entre las cuales sobresale la del famoso *Paso honroso*, defendido por el mismo don Beltran en el camino del Pardo, con el objeto aparente de obsequiar á los embajadores del duque de Bretaña; aunque hay quien supone que con el verdadero de manifestar su destreza y ga-

:

Hardía á los ojos de la reina doña Juana. La descripción de esta magnífica fiesta y de los saraos y festines celebrados con este motivo en los alcázares de Madrid y del Pardo, ocupa algunas páginas de los anales madrileños, y asombra todavía por su inmenso coste y magnificencia; pero es tan conocida que creemos escusado reproducirla aquí

Hácia fines del año 1461, hallándose en Aranda la reina doña Juana, muy adelantada en su preñez, la hizo Enrique conducir á Madrid en silla de manos ó *andas*, como entonces se decia, saliendo á recibirla á larga distancia; y haciéndola subir con cariñosa solicitud á *las ancas de su mula*, la condujo de este modo al Alcázar, entre las mas espresivas aclamaciones de los fieles madrileños.

En él, pues, nació á pocos dias la desdichada princesa doña Juana, á quien mas adelante los grandes y los pueblos rebelados contra Enrique, apellidaron con el fatal epíteto de *la Beltraneja*, así como á él mismo le designaron con el no menos injurioso de *el Impotente*. Si ambas calificaciones vulgares, que ha consagrado la historia, si el desarreglo que supone esta en la conducta de doña Juana, fueron ó no ciertos, ó gratuitas invenciones de los grandes sus enemigos y partidarios de los infantes don Alonso y doña Isabel, es lo que no ha aclarado aun la historia.

A nuestro objeto cumple solo consignar que en este propio Alcázar fué mas adelante presa y custodiada la misma doña Juana, en castigo de su supuesta liviandad; que tambien lo fué en 1465 en una de sus torres el alcaide Pedro Munzares, y el propio Enrique se vió en él asaltado, perseguido, reducido á esconderse en un retrete y sufrir una de tantas humillaciones con que empañó el brillo de la corona de Castilla, y que le condujeron hasta el estremo de reconocer su impotencia y la ilegitimidad de su propia hija.

Este desdichado monarca falleció en este mismo Al-

cázar, que con su menguada conducta habia por tanto tiempo profanado.

A su muerte subió al trono de Castilla su hermana la infanta doña Isabel, casada ya con el príncipe don Fernando de Aragon; pero esto no aconteció sin que por parte del vecindario de Madrid, y de otros pueblos, que lamentaban la injusta exclusion de la princesa doña Juana, y eran fieles al derecho legítimo que ella reclamaba, no opusiesen una larga y obstinada resistencia y especialmente en el Alcázar de Madrid defendido por cuatrocientos hombres valerosos, y que solo al cabo de dos meses de sitio vigoroso logró rendir el duque del Infantado que mandaba las tropas de Isabel.

Los Reyes Católicos no hicieron su entrada solemne en Madrid hasta 1477; pero consta que por entonces residieron en las casas de don Pedro Laso de Castilla, en la plazuela de San Andrés, y no en el Alcázar, en donde tampoco pararon mas adelante su hija doña Juana y el Archiduque, despues rey, don Felipe I.

Los Reyes Católicos, sin embargo, debieron morar en otras ocasiones en el Alcázar, y durante ellas ¡qué espectáculo tan diverso ofrecia éste, en contraste con el que presentara en tiempo de su infeliz hermano! ¡Qué cuadro tan sublime de magestad, de grandeza y de virtud, y cómo supieron purgar aquel augusto recinto de los miasmas pestilentes de que estaba impregnado! Oigamos, para convencernos de ello, al celoso coronista matritense Gonzalo Fernandez de Oviedo, que en su ya citada obra de *Las Quincuágenas* traza este cuadro magestuoso como testigo ocular, en estas palabras dignas y reposadas.

«Acuérdome verla en el *Alcázar de Madrid* con el Católico rey don Fernando, Quinto de tal nombre, su marido, sentados públicamente por tribunal todos los viernes, dando audiencia á chicos é grandes cuantos querian pedir justicia, et á los lados en el mismo estrado alto (al cual subian cinco ó seis gradas) en aquel espacio fuera

»del cielo del dosel estaba un banco de cada parte, en que
 »estaban sentados doce oidores del consejo de la justicia,
 »é el presidente de dicho consejo real, é de pie estaba un
 »escribano de los del consejo llamado Castañeda, que
 »leía públicamente las peticiones; al pie de dichas gradas
 »estaba otro escribano del consejo que en cada peticion
 »anotaba lo que se proveia, é á los costados de aquella
 »mesa donde estas peticiones pasaban, estaban de pie seis
 »ballesteros de maza; á la puerta de la sala de esta au-
 »diencia real estaban los porteros que libremente dejaban
 »entrar (é así lo habian mandado) á todos los que querian
 »dar peticiones, et los alcaldes de córte estaban allí para
 »lo que convenia ó se habia de remitir ó consultar con
 »ellos (1).»

A la muerte de doña Isabel ocurrieron graves turbulencias en el gobierno del reino, y todavía figura en ellas el Alcázar como fortaleza, hasta que quedaron terminadas en las Córtes reunidas en San Gerónimo del Prado en 1509, con el juramento del rey don Fernando de gobernar como administrador de su hija y como tutor de su nieto don Cárlos.

Este, el Emperador, proclamado en Madrid por los regentes del reino, no halló, sin embargo, en un principio grande adhesion entre los madrileños, que abrazaron en su mayoría la causa de las Comunidades y ofrecieron una formidable resistencia á las huestes imperiales *en el Alcázar de esta villa*, de que se habian apoderado, aunque tenazmente defendido por la esposa de Francisco de Vargas, su alcaide, á la sazón ausente. Vencidos al fin los comuneros, vino á Madrid el Emperador, y habiendo tenido la suerte de curarse en él de unas pertinaces cuartanas que padecia, cobró grande aficion á esta villa, residió siempre

(1) Este cuadro sublime acaba de ser trasladado ventajosamente al lienzo por uno de nuestros jóvenes y brillantes artistas, el señor don Victor Manzano, y presentado en la última esposicion ha merecido digno premio.

que pudo en ella, y, sin duda con el pensamiento de fijar ya decididamente su córte, emprendió la reedificación del Alcázar, quitándole su antiguo carácter de fortaleza y levantando sobre sus ruinas un verdadero palacio real.

No consta, sin embargo, ni era posible, que Cárlos V residiese siempre que estuvo en Madrid en el Alcázar, cuya reedificación él mismo emprendió; antes bien se afirma que solia morar en el palacio ya dicho, que ocupaba la misma área que hoy el monasterio de las Descalzas Reales; en él, por lo menos, nació su hija doña Juana, fundadora despues de aquel monasterio, madre de don Sebastian de Portugal; y Quintana asegura que antes de partir el Emperador á la toma de Tunez, se aposentó en las casas del secretario Juan de Vozmediano, frente á Santa María; y que luego que marchó, se pasó la emperatriz con el príncipe don Felipe á las que fueron de Alonso Gutierrez (hoy Monte de Piedad) que eran anejas al palacio ya citado.

Hallándose el Emperador en Madrid por los años 1524 recibió la nueva de que el marqués de Pescara, estando sobre Pavía, habia obtenido una señalada victoria contra el ejército francés y hecho prisionero á su rey Francisco. El Emperador manifestó en tan dichosa ocasion la misma serenidad y grandeza de ánimo que otras veces ostentó en la desgracia; y sin hablar palabra, se entró en el oratorio de su real Alcázar, á dar gracias al Señor por el triunfo de sus armas. La villa de Madrid solicitó el permiso de S. M. para entregarse á públicos regocijos; pero Cárlos no lo consintió, diciendo que *no era victoria ganada á los enemigos de la fé*. Luego envió orden para que pasasen á Nápoles al rey su prisionero; pero como éste solicitase que le trajesen á España, fiando en la vista del César la libertad de su persona, vino en ello el Emperador; y en su consecuencia desembarcó en Barcelona el rey francés, y pasando por Valencia llegó á esta capital.

Su primera mansion en ella, fué en la torre de la casa que llaman *de Lujan* en la plazuela del Salvador, hoy de la

Villa, y á poco tiempo fué trasladado á un aposento del real Alcázar, dispensándole el tratamiento debido á su alta gerarquía. Allí recibió varios mensajes del Emperador que estaba en Toledo, haciéndole las propuestas convenientes para el arreglo de la paz, y restituirle á la libertad; pero como en ellas insistiese Cárlos en la devolucion del ducado de Borgoña, y el rey de Francia en la negativa, las negociaciones se dilataban, y la paz no llegaba á realizarse. Francisco I, en la dura alternativa de morir en su prision ó deshonorarse, aceptando condiciones que creia humillantes, vivia triste y abatido, aguardando de dia en dia la visita del Emperador, y esperando que, entendiéndose con él personalmente, conseguiria un rescate menos oneroso; pero en vano esperaba, porque Cárlos, temiendo sin duda ceder á los impulsos de su generosidad, envióle á decir que no le veria, hasta tanto que las estipulaciones se hallasen terminadas. Esta noticia produjo en el rey de Francia una desesperacion tal, que cayó peligrosamente enfermo, y Hernando de Alarcon, que tenia la persona del rey en su guarda, despachó un posta al Emperador que estaba en el lugar de San Agustin, dándole aviso de la gravedad del accidente del rey de Francia, que ofrecia poca esperanza de vida, y que para alivio de su mal no pedia otra cosa que el que S. M. Cesárea le viese.

El Emperador partió luego en posta á Madrid, y llegó en aquella misma noche (28 de setiembre de 1525) y aposentándose en el Alcázar, pasó inmediatamente á la habitacion del rey francés. Cuando éste le vió entrar en ella, se incorporó con viveza en su lecho, y con tono enfático le dijo: «¿*Venis á ver si la muerte os desembarazará pronto de nuestro prisionero?*—*No sois mi prisionero, (respondió prontamente Cárlos) sino mi hermano y mi amigo, y mi único deseo es restituiros la libertad, y cuantas satisfacciones podais esperar de mí.*» En seguida le abrazó y conversó con él largo rato con gran franqueza y cordialidad.

Esta visita produjo tan saludable efecto en el enfermo, que

á pocos dias se halló fuera de peligro; mas cuando el Emperador le vió restablecido, cambió de lenguaje, y tomó de nuevo su inflexible severidad. En vano Francisco le recordó sus benévolas palabras, nada pudo conseguir hasta que, por fin, se decidió á firmar la capitulacion ó tratado de Madrid, en 14 de enero de 1526, por la que restituia el ducado de Borgoña, con otras condiciones onerosas para la Francia, obligándose á casar con Leonor, hermana del Emperador.

Cárlos entonces regresó á Madrid á visitar al rey de Francia, ya como amigo y cuñado, y Francisco I salió á recibirle, con capa y espada á la española, abrazándose con muestras de mucho amor. Al siguiente dia, salieron juntos en sendas mulas, y porfiando cortesmente sobre cual tomaria la derecha, (que al cabo llevó el Emperador) pasaron á oír misa al convento de San Francisco.

El rey de Francia conservó tal recuerdo de su prision, que al recobro de su libertad y regreso á su córte, hizo construir inmediato á la misma, en el bosque de Boulogne, un trasunto del mismo Alcázar, que se conservó hasta los tiempos de la revolucion, conocido con el nombre de *Chateau de Madrid*.

La importancia que habia dado Cárlos V, á la villa de Madrid, y especialmente á este Alcázar, transformado en palacio regio por disposicion suya y de su hijo el principe don Felipe, creció de todo punto cuando éste, inmediatamente despues de haber subido al trono por la abdicacion de su padre el Emperador, se decidió á trasladar á Madrid su córte en 1561.

Con fecha 7 de mayo de dicho año, escribia desde Toledo á su arquitecto Luis de la Vega (encargado de las obras de palacio) que «teniendo determinado ir con su casa y córte á Madrid, deseaba que estuviesen concluidas para »de allí á un mes, y que no diese lugar á que ninguno viese sin mandato suyo, los aposentos de palacio, ningun atajo, oficina, ni otra cosa», y de mano propia añadia. «Luis de Vega, enviadme otra traza como la baja y alta que me

»enviaste de los cuartos de Mediodía, que son los aposentos principales, como agora están, y sea luego.» Representó Vega, que por falta de oficiales no podia concluirse todo con tanta brevedad; y el rey mandó al corregidor don Jorge de Beteta, proveyese que todos los oficiales de la villa se ocupasen de esto, sin atender á otra ninguna obra. Poco despues y ya en los últimos meses del mismo año 1561, consta que la córte se hallaba en Madrid, y que Felipe II habia realizado su pensamiento de fijarla en ella.

En este palacio, obra en su parte principal del emperador su padre y de él mismo, residió constantemente durante su larga permanencia en esta villa, el poderoso y austero monarca que estendia su dominacion y su política hasta las mas apartadas regiones del globo. En él recibió las solemnes embajadas de todos los monarcas de Europa, las visitas de muchos de sus príncipes, las armas y banderas ganadas á sus enemigos por los grandes vencedores de Lepanto y San Quintin, de Italia, Flandes y el Nuevo Mundo. Este Alcázar, respetado y temido entonces de todos los reyes, y de todos los pueblos, sirvió tambien de teatro al misterioso y terrible drama íntimo de la prision y muerte del heredero del trono, principe don Carlos, y el fallecimiento á los dos meses de la reina doña Isabel de Valois. Drama terrible, aun no bastantemente aclarado, y fatal coincidencia que ha dado motivo á los novelistas y poetas para tantos brillantes dramas, para tantas ingeniosas fábulas, para tantos comentarios gratuitos, mas ingeniosos que fundados (1).

En el Alcázar de Madrid, apoyado en el valor incomparable de sus grandes capitanes, su hermano don Juan de Austria, el duque de Alba, don Alvaro de Bazan, etc., en el tacto político de sus ministros y favoritos Ruy Gomez de

(1) Entre las infinitas relaciones con pretensiones de históricas impresas y manuscritas que hemos visto de este trágico episodio, nin-

guna nos parece mas imparcial, fundada y sensata que la que hace el señor don Modesto la Fuente, en su Historia de España, tomo XII.

Silva, Antonio Perez y otros, y mas que todo en su profunda sagacidad, severo carácter y profunda intencion, se concibieron, desplegaron y pusieron en ejecucion, tantos planes políticos, tantos proyectos guerreros, tantas intrigas cortesanas que interesaban á la Europa, al mundo entero, hasta que levantada, á la voz de Felipe, la austera y portentosa fábrica de San Lorenzo del Escorial, trasladó á él el poderoso monarca de dos mundos, el misterioso nudo y laboratorio de su elevada política.

Felipe II, viudo por tres veces, primero, de la princesa doña Maria de Portugal, despues de la reina de Inglaterra Maria Tudor, y por tercera vez, de doña Isabel de Valois ó de la Paz, contrajo matrimonio por cuarta vez con doña Ana de Austria en 1570 y de esta union nació en 1578 su hijo y sucesor don Felipe, primer monarca madrileño de los que ocuparon el trono castellano.

Durante el reinado de Felipe III, que empezó á la muerte de su padre en 1588, el real Alcázar, que fué su cuna, le sirvió tambien de residencia, y en él se desplegaron la esplendente magnificencia, las intrigas cortesanas, las aventuras galantes, la desvanecida privanza y ambición de los famosos ministros, duque de Lerma, y don Rodrigo Calderon, tan diestramente trazadas por el autor (sea quien fuere) de la ingeniosísima novela histórica de *Gil Blas de Santillana*, que nos dispensa de todo punto de hacerlo aqui.

Felipe IV sube al trono en 1621, á la muerte de su padre, y en su largo reinado es cuando la forma material del edificio, obra de los ya dichos arquitectos, Cobarrubias y Vega, recibió nuevo esplendor en manos de los Moras, Crescenti y otros célebres artistas; cuando sus regios salones, pintados por Lucas Jordan, y decorados con los magníficos lienzos de Velazquez y Murillo, de Rubens y del Ticiano, reflejaban la grandeza del monarca español á quien tales artistas servian; cuando en sus altas bóvedas resonaba la voz de los Lopes y Calderones, Tirsos y Moretos, Quevedos y Guevaras, en ingeniosos dramas, impro-

:

visados muchas veces en presencia y con la cooperacion del monarca; cuando sus regias escaleras y suntuosas estancias sentian la planta del príncipe de Gales (despues el desgraciado Carlos I) y otros potentados, que venian á visitar al monarca español ó á solicitar su alianza.

La importancia histórica de este palacio, empezó, sin embargo, á decaer en el mismo reinado, teniendo que luchar con la del nuevo sitio del Retiro, levantado por el favorito don Gaspar de Guzman, conde-duque de Olivares, para adular al monarca, y que acabó, en fin, por imprimir al gabinete su nombre, y al de *La corte de Madrid* sustituyó el de *La corte del Buen Retiro*.

Lo mismo puede decirse durante la larga y turbulenta minoría de Carlos II, y la aciaga gobernacion en ella de la reina gobernadora, doña Mariana de Austria, que sin embargo habitaba en él con preferencia, y por consiguiente le hizo teatro de la privanza insensata que dispensó primero el padre jesuita Everardo Nithard, su confesor, y despues al famoso don Fernando Valenzuela, á quien elevó á las mas altas dignidades del reino; hasta que vencidos uno y otro, y hasta la misma reina, y lanzados violentamente del poder por la fuerza y arrogancia de don Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV, y emancipado Carlos de la tutela maternal al llegar á su mayor edad en 1677, empuñó el cetro, aunque bajo la direccion, ó mas bien segunda tutela de su hermano don Juan.—Veinte y tres años duró el reinado efectivo de este desdichado monarca, en quien habia de extinguirse la varonil estirpe de Carlos V, y en ellos, y residiendo alternativamente en este palacio y en el del Retiro, fueron testigos ambos de su azarosa vida, de su miserable condicion, de sus supuestos hechizos, de su fanático celo, de su ignorancia y debilidad; hasta que despues de una prolongada agonía, vino á extinguirse en él su miserable vida el 1.º de noviembre de 1700.

El primer monarca de la dinastía de Borbon, pudo residir poco tiempo en el Alcázar de Madrid, pues ausente

unas veces en la larga guerra de sucesion, y despues mas inclinado al del Retiro, daba á éste la preferencia, acaso por el tedio que le inspiraba la antigua mansion de la dinastía austriaca, su antagonista, y tanto que á la muerte de su primera esposa doña María Gabriela de Saboya, se fué á vivir al palacio de los duques de Medinaceli, por disposicion de la princesa de los Ursinos, que por entonces dominaba su real ánimo.—Algunos años despues el horroroso incendio acaecido en el real Alcázar la noche del 24 de diciembre de 1734, vino á hacer desaparecer la forma material, los recuerdos históricos, y los primores artísticos de aquel Alcázar; y Felipe de Borbon á quien se le venia, como suele decirse, á las manos la ocasion de borrar del todo aquella página de la austriaca dinastía, determinó arrancar hasta los vestigios de su antigua mansion, y levantando sobre ella otra mas grande y digna del gusto de la época y del monarca español, mandó elevar sobre el mismo sitio, en 1737, el magnífico *Palacio nuevo* que hoy existe, y cuya historia, como perteneciente ya al *Madrid moderno*, no es de este lugar.

Terminada, pues, aquí la vida histórica del famoso Alcázar de los Felipes de Austria, vengamos ya á su descripcion material.—Pocos son los datos que los historiadores matritenses (tan pródigos en hiperbólicos elogios, como escasos en descripciones artísticas) nos han trasmitido para juzgar la forma y condiciones materiales de aquella regia morada; contentándose el maestro Hoyos, Quintana y Pínelo, con prorumpir en las comunes espresiones de su entusiasmo diciendo, que era «la mas asombrosa fábrica regia del mundo» «el non plus ultra de la magnificencia», y otras lindezas á este tenor.—Mas aproximado á la realidad, aunque difuso y desencuadrado por extremo, es el relato que hace el maestro Gil Gonzalez Dávila, en su *Teatro de las grandezas de Madrid*, si bien mas curioso por lo que toca al adorno y etiqueta del palacio que para conocer su aspecto y forma.—De esta, sin embargo, en su parte exterior, podemos juz-

gar por el pequeño modelo en relieve que se conserva en el Retiro, y por las vistas que ofrecen el Plano de Amberes, y algunos otros dibujos contemporáneos; en cuanto á la disposicion y adorno interior, el mencionado relato del maestro Dávila y otras noticias esparcidas en diversas obras, nos darán una idea aproximada de la mansion real, teatro de la galante y caballeresca córte de Felipe IV.

El primero, hablando de ella como testigo ocular en 1623, se expresa en los términos siguientes, que trascribimos por las curiosas noticias que encierran del ceremonial de aquella córte, y que tan análogas hallamos á la índole de nuestro recuerdo histórico-aneecdótico.

«En la parte occidental de Madrid, en lo que antiguamente era el Alcázar real, tiene su asiento el palacio de nuestros ínclitos reyes, que representa, por lo que se vé de fuera, la grandeza y autoridad de su príncipe, adornado de torres, chapiteles, portadas, ventanas, balcones y miradores. Lo interior del palacio se compone de patios, corredores, galerías, salas, capilla, oratorios, aposentos, retretes, parques, jardines y huertas, y camina la vista atravesando valles, rios, arboledas y prados, y se detiene en las cumbres de las sierras del Guadarrama y Buitrago y en la que confina con el convento real del Escorial. En los patios principales tienen salas los consejos de Castilla, Aragon, Estado, Guerra, Italia, Flandes y Portugal, y en otro mas apartado los consejos de Indias, Ordenes, Hacienda y Contaduría mayor (1).

»En el primer corredor está la *capilla real* y el aposento de la Magestad del rey, reina y personas reales, donde se ven pinturas, tapicerías, mármoles y varias cosas. En

(1) En el archivo de Madrid hemos visto un documento por el que consta que en 1622 mandó el rey don Felipe IV abrir unas ventanillas que se llamaban *escuchas* y daban á las salas donde se reunian los consejos, para poder oír desde ellas

las discusiones.

Además de dichos consejos, se hallaban dentro del Alcázar todas las secretarías del despacho, en los aposentos bajos, llamados *las Covachuelas*, de donde quedó á los oficiales el título de *Covachuelistas*.

»la primera sala del cuarto de S. M. asisten las guardias
»española, tudesca y archeros. En la de mas adelante los
»porteros; en la siguiente, S. M. hace el primer dia que se
»junta el reino en Córtes la proposicion de lo que han de
»tratar los procuradores de las ciudades de los reinos de
»Castilla y Leon, y los viernes de cada semana consulta
»con S. M. el consejo de Castilla las cosas de gobierno,
»oye la primera vez á los embajadores extraordinarios, ce-
»lebra el Jueves Santo el lavatorio de los pobres y les da de
»comer. En otra mas adelante esperan á S. M. para acom-
»pañarle cuando sale á misa y sermon, el nuncio de S. S.
»y embajadores que tienen asiento en su capilla. Recibe
»la primera vez, en pié, con el collar del Tuson, arrimado
»á un bufete, á los embajadores ordinarios, y á los presi-
»dentes y consejeros, sentado, cuando le dan las pascuas
»y besan la mano; da la caballería del Tuson de Oro á
»príncipe, potentado ó grande de sus reinos. Hace nom-
»bramientos de treces del órden de Santiago, y oye á los
»vasallos que piden justicia ó gracia.

»En una sala mas adelante come retirado. Comer
»retirado es cuando le sirven los gentiles hombres de
»su cámara. En ella recibe á los cardenales, hacen
»juramento los vireyes, capitanes generales de mar y
»tierra, y oye á los embajadores. En otra á los presidentes
»cuando le consultan negocios, y manda se les dé asiento.
»Mas adelante está una sala de ciento setenta piés de largo
»y treinta y uno de ancho, en ella come S. M. en público,
»se representan comedias, máscaras, torneos y fiestas, y en
»ella dió las gracias al rey Felipe III, Mons de Umena, em-
»bajador de Francia por haberse capitulado los casamientos
»entre el rey Cristianísimo de Francia, Luis XIII, y la Serení-
»sima infanta doña Ana de Austria, y el príncipe don Felipe
»de las Españas con la Serenísimá madama, doña Isabel de
»Borbon. En esta sala hay muchas cosas que ver, de pintu-
»ras, mapas de muchas ciudades de España, Italia y Flan-
»des, da mano de Jorge de las Viñas, que tuvo primor en

»esto. Entrando mas adelante por diferentes salas y retre-
 »tes, está la *Torre Dorada*, y una hermosa galería compues-
 »ta de pinturas, mesas de jaspe, y cosas extraordinarias, y
 »sorprende á los ojos, por la banda del Poniente y Medio-
 »día, una deleitosa vista; cerca de esta galería, duerme el
 »rey, escribe, firma y despacha. Cerca de ella un jardin
 »adornado de fuentes y estátuas de emperadores romanos,
 »y la del gran Carlos V. En él hay unas cuadras, acompa-
 »ñadas de pinturas de diferentes fábulas, de mano del gran
 »Ticiano, y mesas de jaspes de diferentes colores, una entre
 »otras, obrada con gran primor, taraceada de piedras es-
 »traordinarias; presentóla al rey Felipe II, el cardenal Mi-
 »guel Bonelo Alejandrino, sobrino del santo papa, Pio V, y
 »en memoria de ser asi, el cardenal mandó grabar en dos
 »piedras preciosas que están en la misma mesa, sus armas
 »y las del papa su tio. Cerca de estas cuadras hay un pa-
 »sadizo secreto compuesto de azulejos y de estátuas, por él
 »se baja al Parque y Casa del Campo. Otra torre donde estu-
 »vo preso el rey Francisco de Francia; antes de subir á ella
 »hay una galería que llaman del Cierzo, adornada con re-
 »tratos de los reyes de Portugal, mapas y pinturas varias.
 »Cerca de esta galería está la sala, donde los reinos de Cas-
 »tilla y Leon, se juntan á conferir en Córtes lo que con-
 »viene á los reinos. Mas adelante, el cuarto del príncipe, el
 »de la reina y de sus hijas, con muchas salas, oratorios y retre-
 »tes y vivienda de las damas que corresponde á la Plaza de
 »Palacio. Edificóle la villa para dar comodidad á la gloriosa
 »memoria de la reina Margarita. En otro patio tienen su cuar-
 »to los infantes de Castilla, cerca de él está el guardajoyas
 »y lo raro de la naturaleza del orbe. No hay palabras con
 »que poder explicar lo que ella es.»

Aqui entra el autor en una larga digresion de las jo-
 yas de la corona; habla de una *flor de lis de oro* de media
 vara de alto y poco menos de ancho, bordada de piedras
 preciosas, que fué primero de los duques de Borgoña; un
 diamante del tamaño de un real de á dos, valuado en dos-

cientos mil ducados, del que pendia la famosa perla, llamada, por ser sola, la *Huérfana* (ó la *Peregrina*) del tamaño de una avellana, tasada en treinta mil ducados, y de unos famosos cuernos de unicornio, «cuyo valor (dice) importaba mas de un millon;» con otras muchas riquezas, en escritorios, vasos de cristal y de la china, aderezos y piedras preciosas, plata labrada y otra multitud de joyas, que todo pereció en el incendio. Habla tambien de las insignes pinturas de las mejores manos de Italia, Alemania y Flandes que adornaban el palacio, y concluye diciendo:

«Lo demás del palacio es la vivienda de las personas reales y oficinas de la casa, que todos son *quinientos aposentos*. En los tiempos muy antiguos dió principio á este palacio el rey Enrique II (1). Aumentáronle los reyes Enrique III y IV, y el emperador don Cárlos, como se manifiesta en las armas y letras que están encima de muchas puertas, que dicen: *Carolus V, Romanorum Imperator et Hispaniarum Rex*.

«Acrecentó lo que dejó comenzado el Emperador, el rey Felipe II, como se ve en letreros de puertas y otras partes:

Philipus II Hispaniarum Rex A. MDLXI.

«Prosiguieron con el deseo de ver acabado un edificio tan lindo los reyes Felipe III y IV, hasta llegar á la perfeccion que hoy vemos. Tiene delante una espaciosa plaza, la Caballeriza y Armería, y al un lado el convento de San Gil de religiosos descalzos del órden de San Francisco y la parroquia de San Juan Bautista, y por un pasadizo alcanza al convento real de la Encarnacion de religiosas

(1) El señor Llaguno, en su excelente obra titulada *Noticias de los arquitectos y arquitectura española*, adicionada por el señor Cean Bermudez, atribuye decididamente su fundacion al rey don Pedro.

»descalzas del orden de San Agustín. En este tránsito,
 »que es una distancia grande, hay muchas cosas que ver,
 »pinturas y retratos del tiempo antiguo y moderno.»

Hasta aquí el contemporáneo *Gil Gonzalez Dávila*: añadiremos á su descripción algunas otras indicaciones esparcidas en diversas obras, y en especial en la que escribió en francés don Juan Alvarez Colmenar. (*Anales d'Espagne et du Portugal*; Amsterdam, 1741, cuatro tomos en folio).

En la época de Felipe IV no conservaba ya el Alcázar mas recuerdo de su primitivo destino y condición que algunos torreones ó cubos en las bandas del Norte y Poniente, al campo del Moro. La principal fachada situada á Mediodía, como la del actual palacio, era obra, como queda dicho, de los reinados de Carlos V y Felipe II, y del gusto de la primera época; terminaba en dos pabellones con sendas torres cuadradas (1), y las puertas abiertas en el centro de ella daban paso á dos grandes patios, en el fondo de los cuales se veían las escaleras que conducían á las ha-

(1) La torre de la derecha, llamada de la Reina, fué obra de doña Mariana de Austria, durante el tiempo de su gobernación. Por esto no aparece en la vista de la fachada en tiempo de Felipe IV, que es la que reproducimos en el grabado.

En esta ocasión y por disposición del privado Valenzuela, se colocó encima de la fachada principal del Alcázar la estatua en bronce del rey don Felipe IV, la misma que estaba en el Retiro y hoy se ostenta en medio de los jardines de la plazuela de Oriente, aunque á los pocos años fué bajada de nuevo de tan peligrosa altura.

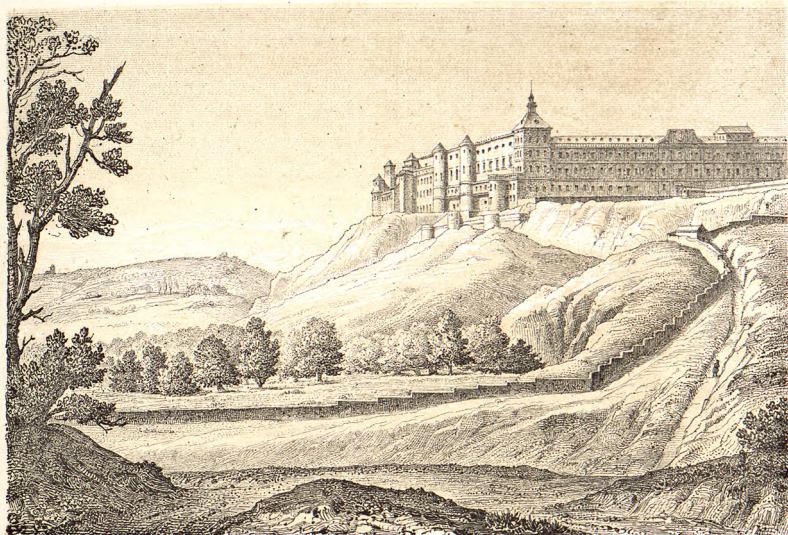
Don Antonio Ponz duda con justa razón de que pudiera haber estado algun tiempo colocada dicha estatua sobre el palacio; pero el mismo inserta una de las coplillas que circularon en ocasión de haberla hecho bajar durante el gobierno de don Juan José de Austria. Además, en un libro manus-

crito que poseemos de aquella época y se titula: *Diario de todo lo sucedido en Madrid desde el sábado 23 de enero de 1677, que entró el Sermo. Señor don Juan de Austria, llamado de S. M.* y comprende hasta 15 de julio de 1678; se lee espresamente «Domingo 25 de abril; el caballo de bronce que puso Valenzuela en la fachada de palacio se baja hoy y se vuelve á su sitio del Retiro, donde sobre no haber riesgo logra la compostura del jardín y los que le miran lo perfecto de la estatua que tiene encima y la suya.» y mas adelante inserta el pasquin y coplas que circularon con este motivo y la carestía de los víveres.

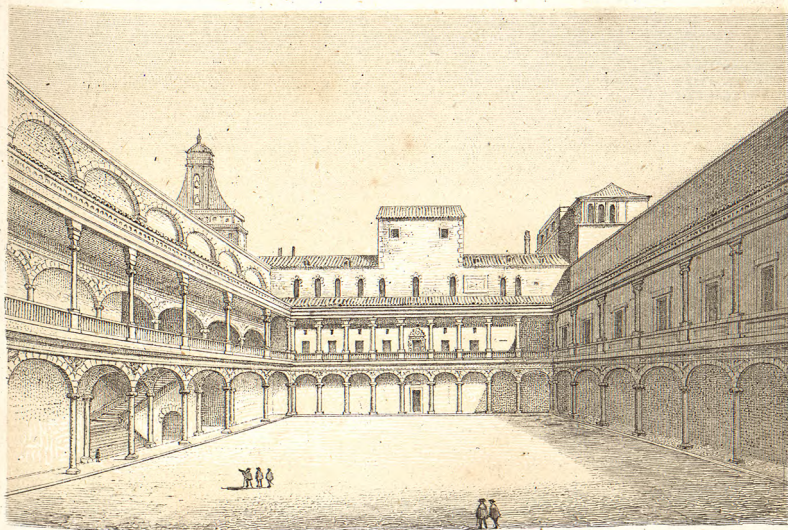
¿A qué vino el señor don Juan?
 A bajar el caballo y subir el pan.

—
 Pan y carne á quince y once
 como fué el año pasado,
 con que nada se ha bajado
 sino el caballo de bronce.

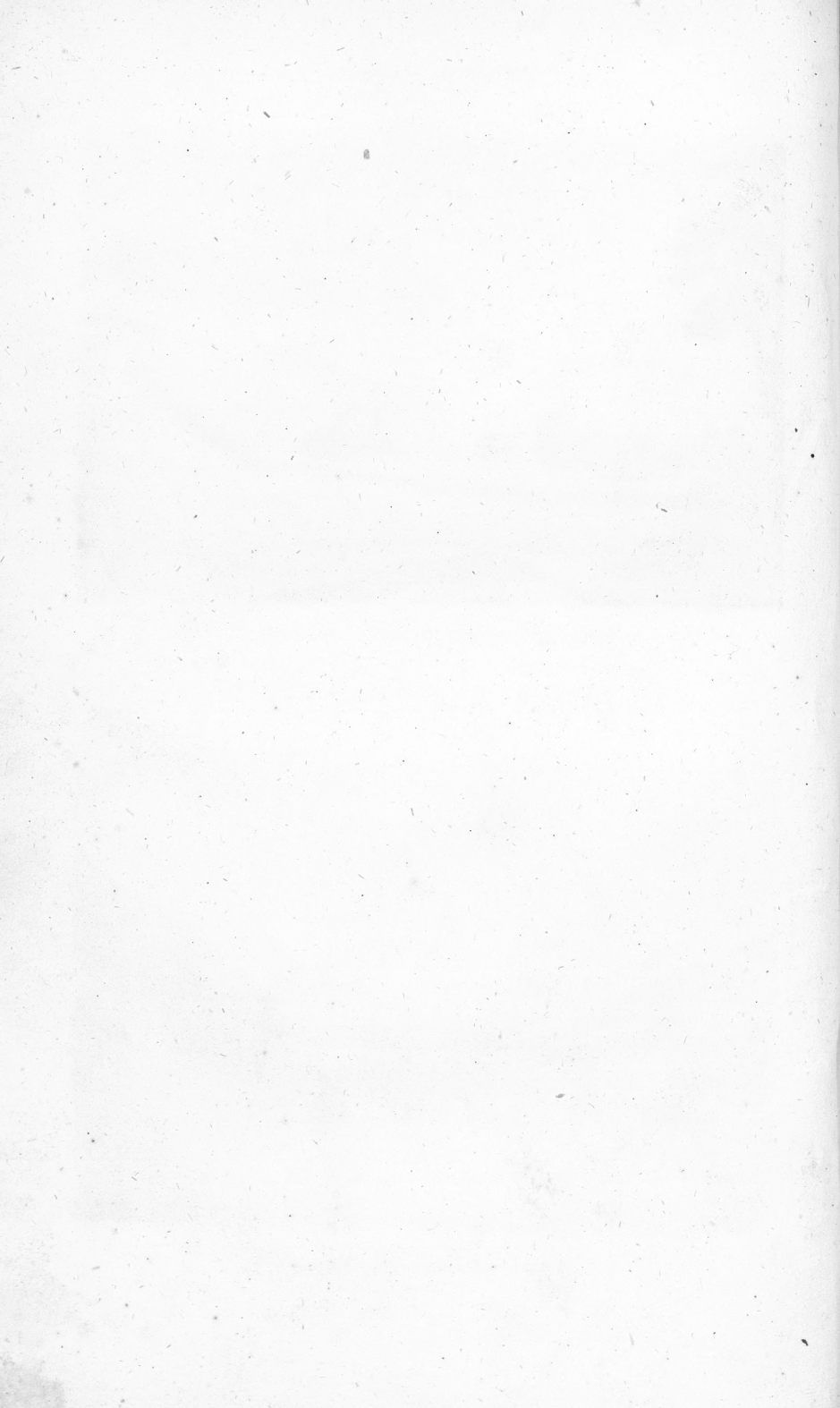
ANTIGUO MADRID.



Vista del Alcazar desde el campo.



Patio principal del Alcazar.



bitaciones superiores. En éstos patios se formaban galerías de arcos que sostenían lindas terrazas con tiestos y estatuas.

Subíase á los cuartos de las personas reales por una escalera estremadamente ancha, con los pasamanos de piedra azulada y adornos dorados, la cual daba entrada á una galería bastante ancha, llamada *Sala de Guardias*, en la cual daban el servicio las tres compañías de archeros ó de la *cuchilla*, compuesta de flamencos y borgoñones, los alabarderos españoles y los tudescos ó alemanes

Las habitaciones reales eran efectivamente inmensas, suntuosas y ricamente adornadas de primorosos cuadros, estatuas y muebles. Alvarez Colmenar cita entre los primeros una pintura de Miguel Angel que dice haber costado á Felipe IV cinco mil doblones y representaba *la oracion de N. S. en el huerto de las Olivas*. Habla tambien de las ricas y primorosas tapicerías flamencas, y de los frescos que adornaban las paredes de las salas. Sobre todo, el salon de audiencia ó de *Embajadores* era magnífico, cubierto profusamente de ricos adornos dorados.

Los grandes calores del estío, obligaron tambien á los monarcas habitadores de aquel palacio á guarecerse con gruesas paredes y economía en las luces. Por lo demas, la distribucion de las ventanas, su elegante adorno de mármol y balaustres dorados, daban á la fachada principal y del Mediodía un aspecto exterior muy agradable, de que puede formarse una idea por el grabado que insertamos, conforme á la vista completa del alzado de dicho palacio en el plano de Amberes de 1556.

En el pabellon izquierdo es donde moró el principe de Gales cuando vino á Madrid en 1623 á solicitar la mano de la infanta doña María, y delante de este pabellon existió un pequeño parterre ó jardin cercado, que tambien está señalado en el plano.

II.

DESDE EL ALCAZAR A LA CUESTA DE LA VEGA.

Las cercanías del antiguo Alcázar y aun las del moderno Palacio hasta nuestros días, presentaban por todas partes un aspecto muy poco digno ciertamente de la grandeza y decoro propios de la mansion real. En vano Carlos V y Felipe II, á costa de crecidos sacrificios, habían adquirido considerable estension de terreno que se llamó el *Campo del Rey*, ó la parte de Occidente, desde la montaña que hoy se llama del *Príncipe Pio*, hasta el rio Manzanares y cuesta de la Vega, y mas allá la inmensa posesion de la *Casa de Campo*, comprada á los herederos de don Fadrique de Vargas en 1558; en vano emprendieron obras considerables, desmontes y plantíos en toda aquella estension, y muy especialmente en el trozo que media entre palacio y el rio, convertido por ellos en el ameno *Parque* que luego fué destruido injustamente, hasta que le hemos visto reaparecer de nuevo mas brillante en el reinado actual. En vano hicieron desaparecer algunos huertos y casuchos, así como tambien la parroquia de San Miguel de la Sagra, que estaba delante de la puerta principal del Alcázar, y que se derribó y trasladó á otro sitio, con el objeto de dejar desembarazada aquella, y regularizarla esplanada que hoy es plaza principal de palacio.

Todo lo que consiguieron fué hacerle algo mas accesible por este lado y formar aquella plaza, cerrándola con un cuartelillo para la tropa y el edificio de las caballerizas reales (Armería) quedando abierta por la parte occidental, hasta que en tiempo de José Napoleon se hizo la balaustrada de piedra que la limita y decora.

Por lo que hace á los demás frentes del Alcázar, permanecieron poco menos ahogados que en un principio, con los barrancos, precipicios, huertas, conventos y callejuelas de que nos ocuparemos á su tiempo.

Siguiendo por ahora en nuestro paseo mental la direccion de la antigua muralla hasta la puerta de la Vega, tropezamos, en primer lugar, con el ya citado edificio (aun existente) de la *Armería Real*, mandado construir por Felipe II con destino á caballerizas; sobre cuya obra le escribia el mismo Felipe á su arquitecto Gaspar Vega, desde Bruselas, en fecha 15 de febrero de 1559, diciendo, entre otras cosas, lo siguiente: «El tejado de las

Real Armería.

»caballerizas de Madrid queremos sea tambien de pizarra, »y de la faccion de los de por acá; hareis se prevenga la »materia para ello... y porque en el dicho cuarto ha de »haber mucha gente y paja y otras cosas peligrosas para »el fuego, será bien que el primero y segundo suelo »sean todos de bóveda, sin que en dichos suelos haya obra »de madera sino puertas y ventanas, y así lo ordenamos.» Y efectivamente se verificó de este modo y cubrió con un alto caballete apuntado, empizarrado y escalonado en forma de piñon á los costados, al gusto flamenco. De este edificio, que ocupaba además con sus accesorios por una prolongacion y figura bastante irregulares, gran parte de lo que hoy es plazuela de la Armería, solo se conserva el cuerpo principal frente al Palacio, y que en su piso alto encierra el inmenso salon de 227 pies de largo por 32 de ancho que ocupa el magnífico museo de la Armería Real, mandado trasladar á él desde Valladolid por el mismo monarca Felipe II el año siguiente de su terminacion (1565) (1).

(1) Limitados en esta obrita á la parte histórica de los edificios, y no entrando en su plan la descripcion de ellos y de los establecimientos, por la mayor parte modernos que contienen, y que ya hicimos en distintas ocasiones en nuestro *Manual descriptivo de Madrid*, habremos de abstenernos aunque con sentimiento de reproducir aqui lo que de esta Real Armería dijimos entonces; y decimos con sentimiento, porque en ninguno de nuestros establecimien-

En cuanto al grandioso arco unido al mismo edificio y que sirve de ingreso á la plaza de Palacio, aunque parece formar parte de la primitiva construcción, no fué así; pues consta que dicho arco fué obra del tiempo de la minoría de Carlos II, mientras la privanza de don Fernando de Valenzuela con la reina gobernadora, así es que no está señalado en el plano de 1556, como que aun no existía.

tos, palacios, ni museos, hallamos como en este representada, encarnada por decirlo así, la historia heroica de nuestra patria, las gloriosas páginas de nuestros anales, desde Covadonga á Granada, desde Otumba á Lepanto, desde Tunez á Oran, desde Pavia á San Quintín, desde Flandes á Nápoles y Sicilia. En ninguna se presentan á nuestros ojos y se ofrecen mas vivas á nuestra imaginación el varonil esfuerzo, el noble continente, y la colosal figura de un Pelayo y de un Roldán, de un Cid y de un Bernardo, de un Gonzalo y de un Cortés, de un Colón y de un Cisneros, de una Isabel y un Carlos V; tipos todos casi fabulosos, inmensos, universales, y como no los ofrece la historia de ninguna de las naciones modernas; en ninguno, en fin, de nuestros museos ó galerías (bien que enriquecidos con las efigies y estatuas de aquellos héroes, por mano de los primeros artistas del mundo) podríamos, como en este, ver por nuestros propios ojos, tocar con nuestras manos aquellas labradas armaduras, aquellos pesados yelmos, aquellas refulgentes espadas que vistieron aquellos cuerpos, que cubrieron aquellas frentes, y blandieron aquellos brazos esforzados, y en ninguna ocasion por lo tanto podríamos dejar correr nuestra pluma por el campo heroico de nuestra historia, á impulsos del amor patrio.

Peró repetimos que no lo creemos dentro del plan que nos propusimos en estos paseos; y contrayéndonos á evocar el recuerdo histórico de la Armería Real (acaso el único museo ó establecimiento de

esta clase que nos trasmitieron los siglos pasados) nos limitaremos á decir, que desde que el rey don Felipe II dispuso su formación, haciendo servir de base para ella la multitud de objetos histórico-militares que habia en Valladolid y Simancas, fué continuada con esquisito celo por los monarcas sucesivos, mandando colocar en ella, no solo las armaduras y otros objetos antiguos que pudieran allegar, sino tambien los modernos, de su propio uso, los ganados á sus enemigos en los campos de batalla, ó recibidos en obsequio de los monarcas extranjeros.—Entre aquellos figuraba como glorioso trofeo de la victoria de Pavia, la espada del rey Francisco I rendida en aquella batalla al español Juan de Orbieta; pero despues de haber brillado en aquel sitio por casi tres siglos, cúbale en principios del actual al rey don Fernando VII el triste privilegio de inaugurar su reinado en 1808 con el real decreto de 30 de marzo en que disponia la entrega de dicha espada al emperador Napoleon, *que habia significado que le seria grato poseerla*, cuya vergonzosa ceremonia se verificó al siguiente dia en manos del príncipe Murat, gran duque de Berg, y ahora se halla en el museo de artillería de París señalada con el número 832....! S. M. el rey consorte don Francisco de Asís ha tenido la feliz idea de borrar en parte aquel ignominioso recuerdo, mandando reproducir exáctamente aquella famosa espada y colocar esta preciosa copia en el sitio en que estaba el original.

Durante la dominacion francesa se derribó muy oportunamente la prolongacion lateral de este edificio, destinada á caballerizas y pajares, y que ocupaba, como queda dicho, casi todo el espacio que es hoy plazuela de la Armería, juntamente con las manzanas de casas, número 414 y 46 que se levantaban é interponian entre dicho arco y la cuesta de la Vega, formando las callejuelas de *Pomar*, de *Santa Ana la Vieja* y del *Postigo*, que hoy no existen.

Solo quedó en pie en frente á la Armería la antigua casa llamada de *Pages de S. M.*, por haber sido destinada luego á este colegio real, pero que en lo antiguo perteneció á la familia y mayorazgo de los *Guevaras*, habiendo sido labrada en el siglo XVI por don Felipe de Guevara, señor de la casa de este apellido, gentil-hombre del Emperador, muy valiente capitán y erudito anticuario, autor de los *Comentarios de la Pintura* y de otras obras.

Casa de Pages.

La manzana frontera á esta plazuela y señalada con el número 442, estaba formada por las casas de los mayorazgos de Ramirez, condes de Bornos (derribada hace pocos años) las de los Mudarras y Herreras, que aun existen, y las de los duques de Medina de Rioseco, que se incendiaron y demolieron á principios del siglo XVII. En el solar que ocupa hoy toda la manzana 443 la moderna y llamada del *Platero* (1), existió en lo antiguo el palacio de los duques de Alburquerque, que acaso fué fundado y habitado por el célebre privado *don Beltran de la Cueva*, primero de aquel título, si bien mas adelante, en la calle Mayor, existe aun hoy otra casa que fué de los mismos mayorazgos, pero que no creemos existiera ya en tiempos de Enrique IV.

Casa de Bornos y otras.

Casa del Platero.

(1) Este nombre le ha quedado por haber sido construida á principios del siglo pasado por un rico comerciante joyero, llamado *Jorge Santos*, que solia decir: «que después de haber levantado aquel palacio le quedaba todavía una onza para poner debajo de cada teja.» Posteriormente su viuda y herede-

ra *doña Josefa Abad* fundó sobre dicha casa varias obras pias en favor del colegio de San Eloy de Plateros, de quien lo adquirió, sin duda el Estado á principios de este siglo para la Caja de Amortizacion y Crédito público, y colocando luego el colegio naval y el tribunal de Cuentas.

Casa de Malpica.

Contigua al edificio moderno de la casa del Platero y al opuesto lado de la mezquina callejuela llamada de *Malpica*, se alza aun la antiquísima casa de los marqueses de este título y de Povar, que en lo antiguo perteneció á la familia de los Bozmedianos, que desempeñaron los elevados cargos de secretarios ó ministros del Emperador y de su hijo Felipe II; siendo tradicion que el primero de aquellos monarcas, paró mas de una vez en Madrid en las casas del secretario Juan de Bozmediano (aunque la principal de esta familia y á que pueda referirse aquella estancia, no era esta, sino la que se alzaba en el solar que hoy ocupa la de los Consejos, frente á Santa María).

En esta de Malpica nació en 1548 la heroica y desgraciada *doña Juana Coello y Bozmediano*, esposa del secretario de Felipe II, *Antonio Perez*, que no contenta con facilitar la evasion de su marido de la rigorosa prision en que estaba, y atraerse por esta causa las mas inhumanas persecuciones, hizo grandes viages por mar y tierra en su seguimiento y defensa, fué modelo de amor conyugal, de valor y fortaleza. Esta casa debió ser la última de Madrid por aquel lado y estaba unida á la primitiva muralla que bajaba por detrás de ella y de la cuesta llamada de *Ramon*, á volver por el Pretil de los Consejos á la calle Mayor.

Casa de Benavente.

La casa contigua de los duques de Osuna y Benavente, que se vé despues á la bajada, debió construirse sobre las ruinas de la primitiva muralla y aun sospechamos que la otra casa mas abajo conocida tambien por la *chica de Osuna*, fuera en gran parte la misma fábrica en que estaba colocado el hospital de *San Lázaro* destinado á la cura de leprosos y que dió nombre al callejon contiguo que aun conserva.

Puerta de la Vega.

La puerta única de Madrid por aquel lado, era la de la *Vega*, pues no existia todavia la de *Segovia*, ni el trozo de calle baja que va al puente, ni éste tampoco, que fueron obras todas del siglo XVI. Dicha puerta de la Vega ó *Al-*

vega que interrumpia la fortísima muralla y era segun se concibe del Plano, de entrada angosta y estaba debajo de una fuerte torre; tenia dos estancias, en el entro de la de adentro habia dos escaleras, á cada lado la suya, por donde se subia á lo alto; en la de afuera habia en el punto del alto un agujero donde habia oculta una gran pesa de hierro, que en tiempo de guerra dejaban caer con violencia sobre el enemigo que intentase penetrar; en medio de las dos estancias aparecian las puertas guarnecidas por una gran hoja de hierro, y muy fuerte clavazon.

Pero este edificio y trozo de muralla desapareció hace dos siglos, por lo menos, y ni siquiera el portillo que lo sustituyó mas arriba y renovó en el último, existe ya, aunque si lo hemos alcanzado á ver todavía con su efigie de piedra en lo alto de él, representando la imágen de *Nuestra Señora de la Almudena*, patrona de Madrid, que fué hallada, segun la tradicion, en un cubo de esta muralla, cerca del *Almudín* ó Alhóndiga de los moros; habiendo permanecido oculta en él, segun se cree, desde que lo fué por los fieles en tiempo de la invasion, durante trescientos setenta y tres años, que al decir de los autores duró en Madrid la dominacion sarracena, hasta el 9 de noviembre de 1083, en que fué hallada por el mismo rey conquistador: como así lo espresaba la inscripcion puesta en el nuevo arco ó puerta construida en 1708 y derribada en nuestros dias.

El recuerdo de esta milagrosa imágen y su inmediatecion, nos lleva naturalmente á la vecina iglesia parroquial de *Santa María*, matriz de la villa, donde original se conserva y venera todavía dicha imágen. La fundacion de esta iglesia es tan remota, que está envuelta en la mayor oscuridad. Hay quien la supone nada menos que del tiempo de los romanos; asegurando ser en ella donde se predicó por primera vez el Evangelio en Madrid, y añadiendo que despues fué colegiata de canónigos reglares; otros la señalan origen en tiempo de los monarcas godos, aunque no fijan

Iglesia de Santa María.

precisamente la época; pero unos y otros convienen en que sirvió de mezquita á los moros, y fué purificada y consagrada despues de la restauracion por el rey don Alfonso el VI. Posteriormente en varias ocasiones se trató de sustituir este templo, venerable por su antigüedad é historia, aunque mezquino en su forma y dimensiones, por una *catedral* ó colegiata digna de la capital del reino, y aun obtenidas las bulas al efecto en el reinado de Felipe IV se sentó solemnemente la primera piedra para esta nueva construccion, en la plazoleta que se forma detrás del templo actual (1).

(1) El proyecto de erigir en Madrid una catedral, ó por lo menos de ampliar, restaurar y consagrar á este objeto la antiquísima iglesia primada de Santa María, data de los tiempos del emperador Carlos V, que ganó bula al efecto en 23 de julio de 1518, espedita por el Sumo Pontífice Leon X; pero no tuvo lugar por entonces, por la oposicion del cardenal arzobispo de Toledo Guillermo de Croy. Renovóse un siglo despues, reinando Felipe III, que al efecto obtuvo nueva bula de Clemente VIII, aunque tampoco tuvo resultado, siempre por la oposicion del arzobispo toledano, á la sazón cardenal de Sandoval y Rojas. Ultimamente en el reinado de Felipe IV se dió un paso mas en este desgraciado asunto, á consecuencia de la determinacion espresa que en su testamento hizo la reina doña Isabel de Borbon en 12 de noviembre de 1623, de dotar á la futura catedral con *sesenta mil ducados*, y habiendo además el rey admitido el donativo ú oferta de la villa de Madrid de otros *ciento cincuenta mil ducados*, se nombró una junta de prelados y otros altos funcionarios para determinar la fundacion, se llamaron arquitectos que levantaran los planos del suntuoso templo, y la villa de Madrid, además de su cuantioso donativo ofrecido, determinó ceder el sitio competente. señalando *el que ocuparon las casas del duque de Medina de Rioseco, al-*

mirante de Castilla, (que poco antes habian sido presa de las llamas), y *estaban contiguas á la iglesia de Santa María, dando frente á lo que es hoy arco de la Armeria*. Con lo cual dispuso el rey don Felipe IV celebrar una funcion solemne para el acto de colocar la primera piedra del santo templo. Esta funcion (que describe prolijamente Vera Tarssis en su *Historia de la virgen de la Almudena*) tuvo lugar el dia 15 de noviembre de 1623, con una pompa y una magnificencia singulares, y con asistencia del rey y toda su córte, las comunidades, clerecía y ayuntamiento de Madrid, los consejos, caballeros de las órdenes militares, etc., y entre ellos el *Fenix de los ingenios*, Frey Lope de Vega Carpio, que la describe floridamente en el *Poema* que dedicó á aquella sagrada imagen.

A pesar de todo este entusiasmo y del empeño que tuvo al principio el rey, no llegó siquiera á empezarse la obra de la nueva iglesia, quedando abandonado este proyecto, hasta que en el reinado actual ha vuelto á renovarse, á consecuencia de haberse designado á Madrid por silla episcopal en el último concordato. El sitio al parecer propuesto para erigir la nueva catedral, no es, sin embargo, este; aunque en nuestro sentir, ninguno mas oportuno, por su situacion material y significacion tradicional, religiosa é histórica.